

volucionario. El mensaje (la moraleja) del libro es que la revolución («Rusa») tiene futuro, porque se justifica por sí misma; al menos eso esperan los autores. Así lo anuncia al final del «Prefacio»: «Sólo podemos esperar que este libro ayude a reorientar la teoría (política crítica) y la práctica (radical) de lo que indudablemente fue uno de sus aspectos más destacados, a saber: el Octubre de los Rojos.» (p. 17)

Juan Fernando SEGOVIA

John Keane, *The new despotism*, Cambridge, Harvard University Press, 2020, 320 pp.

John Keane (1949) es profesor de Política en la Universidad de Sídney y también en el *Wissenschaftszentrum Berlin* (Centro de Ciencias Sociales Berlín). Quizá su libro más conocido sea *The life and death of democracy* (2009), que se publicó en español con el nombre *Vida y muerte de la democracia* por el Fondo de Cultura Económica en 2018. Recientemente había publicado con Ramón A. Feenstra, Simon Tormey y Andreu Casero-Ripollés, *Reconsiderando la democracia. El laboratorio político español* (2017), un análisis de las fuerzas políticas peninsulares favorable a «Podemos».

Una ligera ubicación del universo intelectual al que pertenece Keane: es democrático pero no liberal aunque apoya las conquistas liberales y es muy *liberal*; es partidario de una mayor intervención del pueblo en las democracias mediante canales no institucionalizados, de una democracia que es control sin elenco gobernante; comparte todos los lugares comunes y tiquismiquis del pensamiento político moderno, con un toque de radicalismo, una dosis de progresismo, y un shock de disconformismo. Una naturaleza rebelde, se ha dicho de él.

En un mundo en el que la democracia manda en las cabezas e impera en las intenciones, ¿puede alguien ver otra cosa?, ¿se puede dedicar un libro a los gobiernos despóticos y las prácticas antidemocráticas que azotarían el mundo? Pues bien, Keane así lo cree y así lo hizo, pues, celoso guardián del orden democrático mundial, tiene los sentidos abiertos a las alarmas antidemocráticas doquiera suenen, especialmente en los países emergentes: aquellos que intentan salir de la pobreza, que se han liberado del dominio comunista, que surgen de las ruinas del colonialismo, etc. Esta celosa

misión de cancerbero demanda muchos viajes, muchas notas y entrevistas, uno ojo atento a los cambios en la realidad y los sesos vitalmente comprometidos con la democracia. Ese podría ser el retrato de John Keane, el «monitoreador» de los estándares democráticos.

El libro consta de nueve capítulos sin numerar, cuyos acápites son: «Tiempos oscuros, otra vez», «Bienestar, dinero, poder», «Un pueblo fantasma», «El poder de los medios», «Puños de terciopelo», «¿Por qué despotismo?», y «El futuro de la democracia». Concluye con una lista de lecturas sugeridas, las notas y el índice.

Dentro de las rarezas del libro –en verdad, la única– está el nombre que Keane da a estas prácticas antidemocráticas: «nuevo despotismo», designación en lugar de fascismo –no lo usa–, autoritarismo –lo descarta (pp. 212-215)–, dictadura –la menciona una sola vez–, populismo –que usa sin abusar–, etc. El término tiene claramente reminiscencias de Montesquieu, pero aquí posee un propósito deliberadamente revulsivo, pues en palabras del autor lo que busca es «desestabilizar las taxonomías ortodoxas, formas anticuadas de ordenar las cosas. Insta a los lectores a pensar de maneras frescas, a ver el mundo con nuevos ojos, a despertar diferentes sentimientos, a abrir horizontes de acción desconocidos» (pág. 13). Y todo eso con la sola palabrita revoltosa.

El nuevo despotismo, afirma Keane, es más flexible y sutil, más eficiente de lo que se sospecha (pág. 24). El nuevo despotismo no es criminal, no asesina gente; sin embargo la violencia no ha desaparecido, especialmente si se trata de censurar o discriminar; pero, por lo general, la intimidación ha sido dejada de lado; en su lugar entra la seducción. Claro está que en todo ello los déspotas modernos se valen de la ley, no la violan, la cumplen.

Y los primeros seducidos son los hombres y las mujeres de la clase media, porque el nuevo despotismo ya no recurre sino por excepción a la violencia, y se vale de la seducción para conseguir apoyo. Y parece la clase media tiene ganas de que la seduzcan, y por eso está dispuesta a «vender algunas libertades a cambio de una paz y tranquilidad cómodas» (237). Lo que le inquieta a Keane es que la gente deje el compromiso público, se private, porque la falta de compromiso es precisamente lo que quiere el nuevo despotismo: «espera que los ciudadanos de carne y hueso permanezcan callados, encerrados en formas privadas de celebración consigo mismo (*self-celebration*)» (97).

Y Keane dice que de ello tiene gran responsabilidad el uso de los medios de comunicación, que los nuevos despotismos apro-

vechan ilimitadamente para calumniar y transmitir toda clase de noticias falsas (*fake news*). Se genera así un mundo incierto, falso, cargado de ambigüedad: «Sí, está el lenguaje gubernamental controlado de gramática restringida y vocabulario típico del palabrerío (*newspeak*). Sí, los medios de difusión dominantes son libres, pero sólo para decir lo que se les dice que digan. Y hay mucho de eufemismo, de ambigüedad intencional, de inversión semántica y de pura confusa vaguedad, que son características del doble discurso.» (pág. 125)

Keane observa que los gobiernos de Rusia y China (influyentes en Asia Central hasta alcanzar Medio Oriente y Europa) han montado una extraordinaria combinación de instrumentos políticos que ponen en peligro la democracia tanto en el plano teórico como en el práctico, por ejemplo: propiciando el clientelismo, valiéndose del dinero sucio, controlando los medios de comunicación, atacando la independencia judicial, hasta llegar a la violencia contra sus opositores. Lo que está diciendo es que las viejas prácticas pueden remozarse si los déspotas (hombres, partidos, gobiernos) saben usar de muchos progresos democráticos. Por ejemplo, el recurso a los medios y las redes sociales (pág. 95).

Ha esta altura caben muchas preguntas, pero empiezo por una: los medios y las redes sociales ¿son inventos de la democracia? Los líderes del mundo democrático, ¿no se valen también de las redes sociales para sus fines políticos? Sé que Keane respondería: lo hacen pero no con propósitos manipuladores. Escribe: «La táctica es, en efecto, una especie de populismo administrado: una forma de unir públicamente la política, un método para hacer que los sujetos se sientan incluidos en los asuntos de Estado, a pesar del hecho de que la mayoría de las personas están excluidas de los pasillos y trastiendas del poder gubernamental.» (pág. 99)

Cuando escribo esta reseña, el «nuevo déspota Putin» (que Keane cita en más de una docena de ocasiones) lleva cinco días haciéndole la guerra a la «joven democracia ucraniana» (mencionada dos veces por Keane). Sin defender para nada al líder ruso, que no es de mi agrado –al igual que su política–, me sorprende el silencio de los medios y los políticos democráticamente correctos en torno a las medidas tomadas por el mundo libre de las democracias acendradas y estables; silencio, digo, respecto de la presencia de copiosos capitales rusos en sus países, que han aprovechado hasta este momento. Sabían, siempre supieron, que eran dineros malhabidos, que provienen de actividades *non sanctas*, que suelen

ser billetes manchados de drogas y de sangre; y sin embargo, mientras pudieron le sacaron el jugo. ¿Por qué digo esto? Pues porque la doble moral, el discurso ambiguo y el silencio cómplice, delante de los cuales Keane desgarrar sus vestiduras, es tan común en las democracias como en los despotismos de los que abomina.

Y quisiera generalizar: todas esas prácticas que Keane repudia en los despotismos y denuncia severamente, son prácticas que ocurren frecuentemente en las democracias, y no porque sucedan se las califica de despotismos. Aunque Keane seguramente lo haría, quitándolas de la lista blanca y llevándolas a la lista negra. Pero claro, eso supone que Mr. Keane es un Papa secular que reabre el libro de las herejías y rellena el *Index*.

Bien leído el libro, entonces y para concluir, es revelador de prácticas que todos conocemos; prácticas que Keane imputa al nuevo despotismo, pero que se sabe son parte del capital de la democracias. Se aconseja su lectura a quienes quieran aprender cómo se hace política en estos días. Aunque no acabará de dilucidar su mismo objeto, pues ¿cómo es posible que una nación sea modelo de democracia –USA– y haya sido gobernada por un despota de la nueva ola –Trump–?

Juan Fernando SEGOVIA